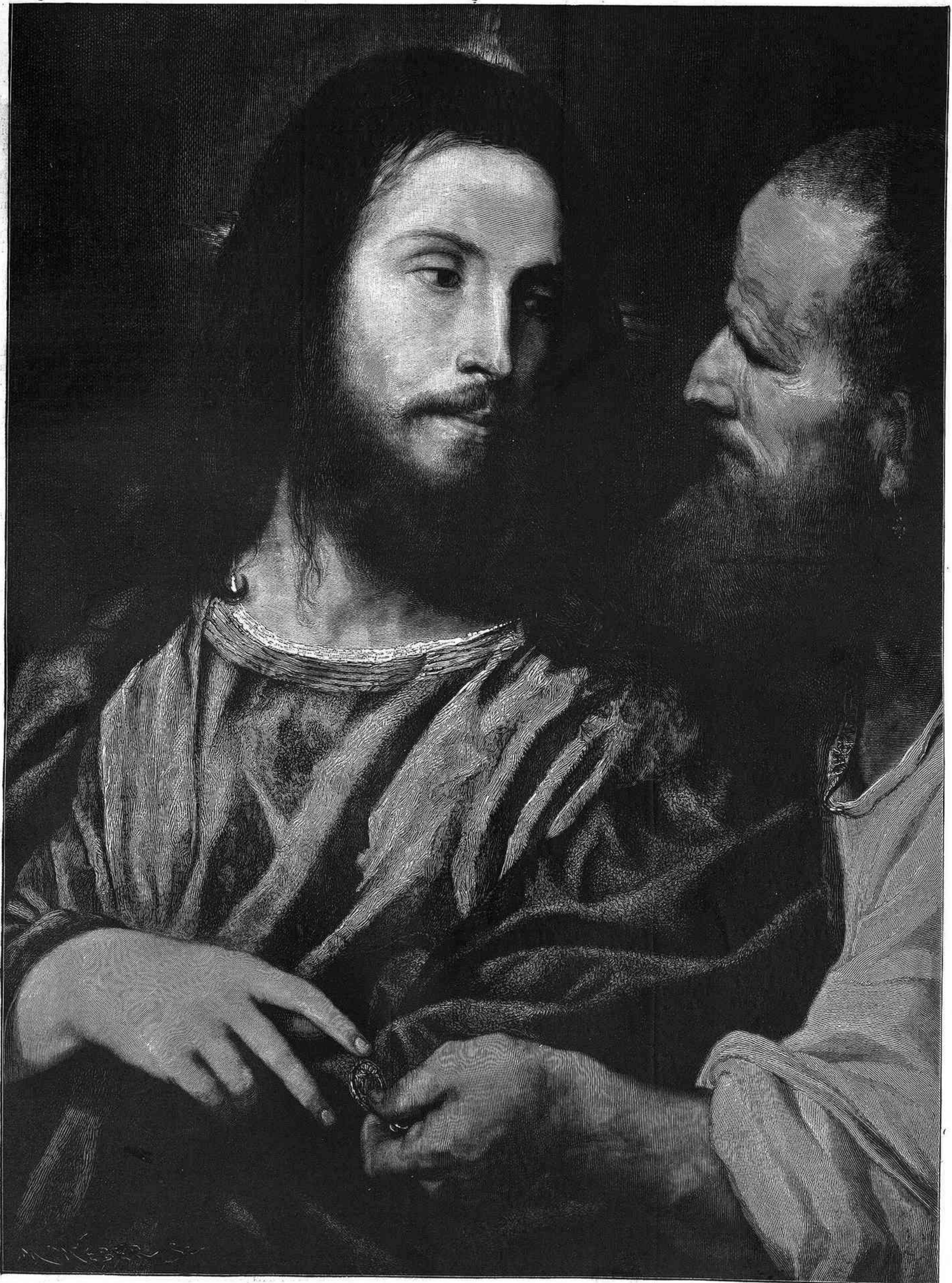


ILUSTRACION
ARTISTICA

AÑO VI

←BARCELONA 4 DE ABRIL DE 1887 →

NUM. 275



DAR AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, cuadro de Tiziano Vercelli



LA VIRGEN DE LA GRANADA, dibujo de Rafael Sanzio

SUMARIO

TEXTO. — *La tentación en el desierto*, por Alejandro Dumas (padre). — *La ley de gracia*, por don Cecilio Navarro.

GRABADOS. — *Dar al César lo que es del César*, cuadro de Tiziano Vercelli. — *La Virgen de la Granada*, dibujo de Rafael. — *Madonna conestabile*. — *La vocación de San Pedro*. — *Mater dolorosa*, cuadro del Tiziano. — *La resurrección de la hija de Jairo*, cuadro de Gabriel Max. — *Un paso*, de Salcillo. — *La madonna Solly*, de Rafael. — *Un bosquejo*, de Van-Dyck. — *Bosquejo de la madonna del Gran Duca*, de Rafael. — *Jesús en el huerto*. — *El beso de Judas*. — *Jesús en la columna*. — *El descendimiento de la Cruz*, dibujos y grabados de Alberto Durero. — *El Cristo*, de Montañés. — *Suplemento Artístico: Jesucristo y la adúltera*, cuadro de O. Wolf.

NUESTROS GRABADOS

DAR AL CÉSAR LO QUE ES DEL CÉSAR, cuadro de Tiziano Vercelli

«Entonces los fariseos se fueron, y consultaron entre sí, cómo le sorprenderían en lo que hablase.

»Y le envían sus discípulos juntamente con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas el camino de Dios en verdad, y que no te cuidas de cosa alguna: porque no miras á la persona de los hombres.

»Dinos, pues, ¿qué te parece, es lícito dar tributo al César, ó no? Mas Jesús, conociendo la malicia de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?

»Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario.

»Y Jesús les dijo: ¿Cuya es esta figura é inscripción? Dícenle: Del César. Entonces les dijo: Pues pagad á César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.»

EVANG. S. MATEO, CAP. XXII

LA VIRGEN DE LA GRANADA

Nuestro grabado es copia de la reproducción de un dibujo de Rafael, que representa á la Virgen de la granada, existente ahora en la colección Albertina. Es muy probable que Rafael pintara el lienzo después, pero en este caso se ha perdido, desgraciadamente para el arte, que habría podido tener una obra maestra más de aquel genio.

MADONNA CONNESTABILE

La ejecución de este lienzo, cuyas dimensiones apenas exceden de las de una miniatura, fué para el inimitable Rafael el primero de los triunfos notables que debían conducirle al pináculo de la gloria por su preciosa «Madonna di San Sisto». Este pequeño cuadro pertenecía á Alfonso di Diamante, tío de un íntimo amigo del maestro; después pasó á manos del Condestable Staffa, y fué vendido por el conde Escipión de Perugia, en 1871, á la Emperatriz de Rusia, que pagó por aquella rica joya del arte 13,000 libras esterlinas (325,000 pesetas). Nuestro grabado es la copia de ese precioso lienzo.

LA VOCACIÓN DE SAN PEDRO

«Y pasando (Jesús) por la ribera del mar de Galilea, vió á Simón, y á Andrés su hermano, que echaban sus redes en la mar, pues eran pescadores.

»Y Jesús les dijo: Venid en pos de mí, y haré que vosotros seáis pescadores de hombres.

»Y luego, dejadas las redes, le siguieron.»

EVANG. S. MARCOS, CAP. I.

MATER DOLOROSA
cuadro del Tiziano

Pintó el gran Vercelli la *Mater dolorosa* con destino al emperador y rey Carlos V de Alemania y I de España, y es hoy por hoy uno de los números más inapreciables del Museo de Madrid. Señalan algunos como defecto en esta obra el marcado realismo del dolor de la Virgen, dolor que tiene todas las condiciones del de una madre mortal. Y nosotros nos permitimos decir: —Pues qué, ¿no es acaso María aquella de quien se dice no haberse conocido dolor como el dolor suyo? Y si en la obra del Tiziano es una madre la que padece, ¿no se puede asegurar que su dolor es el más aproximado al *dolor divino*, en el mero hecho de padecerlo una madre?

LA RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de G. Max

«Cuando aun estaba él hablando, llegaron de casa del príncipe de la Sinagoga (llamado Jairo), y le dijeron: Tu hija es muerta, ¿para qué fatigas más al Maestro?

»Mas Jesús, cuando oyó lo que decían, dijo al príncipe de la Sinagoga: No temas, cree solamente.

»Y no dejó ir consigo á ninguno, sino á Pedro, y á Santiago, y á Juan hermano de Santiago.

»Y llegan á la casa del príncipe de la Sinagoga, y ve el ruido, y á los que lloraban, y daban grandes alaridos.

»Y habiendo entrado, les dijo: ¿Por qué hacéis este ruido y estáis llorando? la muchacha no es muerta, sino que duerme.

»Y se moñaban. Pero él, echándoles á todos fuera, toma consigo al padre y á la madre de la muchacha, y á los que con él estaban, y entra donde la muchacha yacía.

»Y tomando la mano de la muchacha, la dijo: *Talitha cumi*, que quiere decir: Muchacha, á tí te digo: levántate.

»Y se levantó luego la muchacha, y echó á andar: y tenía doce años, y quedaron atónitos de un grande espanto.»

EVANG. S. MARCOS, CAP. V.

UN PASO, de Salcillo
EL CRISTO, de Montañés

La escultura española, prescindiendo del arte contemporáneo, es poco conocida y por ende tenida en menos de lo que realmente fué.

Sus más ilustres profesores, incluso el eminente Alonso Cano, hubieron de dedicar sus obras casi exclusivamente á la ornamentación de templos y conventos. Distribuidas sus imágenes en multitud de iglesias, se ha hecho sumamente difícil enterarse de ellas en número y calidad para formar juicio acertado respecto de su importancia é influencia en el arte escultural. Únicamente la ciudad de Valladolid posee algo que pueda llamarse Museo de la escuela española de escultura; y tal concepto nos merecen sus ejemplares, que á darlos á conocer en todo lo que valen pensamos consagrar algunas páginas de la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Por hoy nos limitamos á reproducir el *Cristo* de Montañés y un *Paso* de Salcillo. La primera de estas obras, renombrada justamente y de inteligentes y profanos admirada con razón, es uno de los más perfectos trabajos escultóricos destinados al culto cristiano. Lo posee la catedral de Sevilla y es joya valiosa aun en la basílica que tantas maravillas de arte contiene.

Murcia tiene muy buenos *Pasos* de Salcillo, considerándose como uno de los mejores de ellos la *Cena* que publicamos en el presente número, y que, á su vez, puede ser tenido por el más notable de su autor. Es un ejemplar que revela la idea que del misticismo se tenía cuando los escultores de talento ejecutaban *Pasos* á falta de asuntos más factibles; siendo de apreciar su ejecución fácil y correcta, digna de un artista que figura por derecho propio en la historia lastimosamente olvidada del arte español.

LA MADONNA SOLLY.—BOSQUEJO DE LA MADONNA DEL GRAN DUCA, cuadro de Rafael

El bosquejo y cuadro de Rafael, que publicamos en este número, propiedad respectivamente de los museos de Oxford y Berlín, son dignos de su inmortal autor. En la *Madonna Solly* se echa de ver ya la factura empleada por Rafael en su segunda época, circunstancia que revelan no sólo los detalles del ropaje y demás accesorios, sino la mayor soltura y elegancia de las líneas y la graciosa redondez de las formas.

UN BOSQUEJO, por Van-Dyck

Probablemente quiso representar al Salvador doblegándose bajo el peso de la Cruz. Así nos lo da á entender la analogía de esta composición con alguna otra del mismo insigne artista, en que reproduce visiblemente aquella escena.

DIBUJOS Y GRABADOS DE ALBERTO DURERO

Jesús en el huerto.—El beso de Judas.—Jesús en la columna.—El descendimiento de la Cruz.

Nuestros favorecedores estimarán en cuanto valen estas obras del insigne precursor del renacimiento artístico. Los cuatro dibujos que publicamos, grabados por su propio autor, son otros de los muchos que dió á luz inspirados en la pasión y muerte del Señor, notables todos ellos por la fuerza de expresión con que reproduce el dolor de Jesús. A propósito de esos dibujos de Durero escribió un célebre crítico: «No conozco tragedia, no sé de poeta alguno, exceptuando Shakespeare, que haya hecho oír tan distintamente á humanos oídos sollozos y gritos de desesperación parecidos á los que uno cree oír contemplando atentamente esos grabados.»

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

JESUCRISTO Y LA ADÚLTERA, cuadro de Wolf

«Y se fué Jesús al monte del Olivar.

»Y otro día de mañana volvió al templo, y vino á él todo el pueblo, y sentado les enseñaba.

»Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y la pusieron en medio,

»Y le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido ahora sorprendida en adulterio.

»Y Moisés nos mandó en la Ley apedrear á estas tales. Pues tú ¿qué dices?

»Y esto lo decían tentándole, para poderle acusar. Mas Jesús, inclinado hacia abajo, escribía con el dedo en tierra.

»Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó, y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.»

EVANG. S. JUAN, CAP. VIII

LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO

(CAPITULO DE ISAAC LAQUEDEM)

Después que Jesús hubo recibido del *Precursor* el agua del bautismo, se retiró al desierto, donde permaneció cuarenta días y cuarenta noches sin probar bebida ni manjar de ninguna especie. Allí, prosternado hasta tocar el suelo con la frente, daba gracias al Señor que le había permitido vencer las necesidades de la naturaleza, resistir la sed y el hambre, y conculcar bajo sus pies á la materia; cuando de entre la oscuridad de la cuadragésima noche, vió surgir ante él, como vomitada por la tierra ó precipitada del cielo, una criatura al parecer humana, por más que su estatura fuera medio codo más alta que la del común de los hombres.

El extraño ser que tan imprevistamente se presentaba á Jesús, era hermoso, de esa hermosura triste, altiva y sombría que fué como revelada á Dante y á Milton. Sus ojos parecían lanzar llamas: el viento del desierto, sacudiendo su larga y negra cabellera, dejaba al descubierto su ancha frente, surcada por una profunda cicatriz; su boca desdeñosa procuraba sonreír, pero su sonrisa tenía algo de la desesperación; su cabeza estaba rodeada por una aureola azulada, semejante á la pálida fosforescencia que flota encima de ciertos abismos; y cada vez que su planta se posaba en el suelo, del suelo surgía, cual subterráneo relámpago, una llama parecida á la de aquella aureola.

Este aparecido era aquel á quien las Escrituras llaman, sin duda para no mancharse con su nombre, *la cosa que marcha en las tinieblas*.

Detivose ante el Cristo, cuya frente tocaba la tierra, como hemos dicho; cruzó sobre el ancho pecho sus brazos hercúleos, y aguardó á que el hijo de María terminara su oración.

Al cabo de un minuto apoyóse Jesús en una de sus rodillas, y dirigió la mirada al formidable desconocido sin sorpresa alguna, como si hubiera estado seguro de su presencia sin necesidad de verle.

—Hijo del hombre, ¿me conoces? —preguntó con voz sorda el sombrío aparecido.

—Sí, —respondió Jesús con acento que, por lo dulce y melancólico, contrastó con el de su interlocutor— sí, te conozco. Tú fuiste un tiempo el muy amado de mi Padre, el más bello de los arcángeles salidos de sus manos; tú conducías la luz que le precedía cuando, entre rayos de sol, mostraba todas las mañanas su faz al oriente. Entonces te hubieran tomado por un aciano luminoso sembrado en los campos del empíreo y notable aún en medio de las demás flores celestes. El orgullo fué causa de tu perdición; te creiste Dios, te rebelaste contra tu Señor, y el rayo de éste te precipitó desde las alturas del paraíso á los abismos de la tierra...



MADONNA CONNESTABILE, de Rafael Sanzio, (tamaño 7 pulgadas de diámetro)



LA VOCACIÓN DE SAN PEDRO

— ¡De la tierra que es mi imperio! — dijo el arcángel caído, levantando, soberbio, la cabeza y sacudiendo su flamígera cabellera.

— Es cierto; — respondió Jesús, — tú eres rey del mundo y padre de los impíos.

— ¡Padre de los impíos!... — prosiguió con altivez el arcángel. — Precisamente es este mi más preciado título... Todo en la tierra reconocía humildemente el poder de Jehová; los astros seguían silenciosos las leyes por él establecidas; el sedicioso mar obedecía sus órdenes y respetaba los límites que le había impuesto; los montes más elevados se estremecían cuando El cruzaba el espacio en alas del rayo y de la tempestad; los elementos, enfrenados por El, obedecían hasta con miedo su voluntad; los animales todos, desde el diminuto arador hasta el Leviatán; las potestades invisibles desde los Tronos hasta las Dominaciones, se prosternaban en su presencia; todo se nivelaba, todo se doblegaba, todo enmudecía delante de El... Yo, yo solo, en medio de la degradación común y del silencio universal, me erguí potente y exclamé con voz que estremeció al mundo, con voz que subió á la cumbre de los siglos pasados y descendió al abismo de los siglos venideros: ¡Jamás! ¡Non serviam!...

— Cierto; — respondió Jesús — esto dijiste, y he aquí por qué mi Padre me ha enviado á luchar contigo.

— Antes de aceptar semejante misión, — prosiguió el arcángel, — ¿has tenido en cuenta mi poder? ¿Sabes lo que dicen de mí aquellos que me adoran, en las oraciones que me dirigen?... Oyelo: «Nada resiste á su presencia; todo cuanto se halla debajo del cielo le pertenece! Ni las más elocuentes palabras, ni las más conmovedoras súplicas le enternecen... Su cuerpo se parece á los escudos de cobre fundido y está cubierto de mallas, tan unidas las unas á las otras que ni el aire las traspasa. Reside la fuerza en su garganta y el hambre le precede; los rayos caen con abundancia encima de él, y él no se digna hacer el menor movimiento á un lado ni á otro. Cuando levanta el vuelo á las altas regiones, los ángeles conocen qué cosa es el espanto y se dan prisa en purificarse. Pisa los rayos del sol y anda por encima del oro puro como pudiera andar por encima del barro. Un simple esfuerzo de su voluntad hace hervir el fondo de los océanos como hierve el agua en una caldera, y montar las olas como monta en una cubeta el líquido sometido al ardor del fuego. La luz brota á su paso y contempla cómo en pos de él blanquea y espuma el abismo. No hay potestad que con él pueda compararse, pues ha sido creado exento de miedo y se titula rey de todos los hijos del orgullo.»

— ¿Y sabes tú — contestó sencillamente Jesús — lo que dicen aquellos que te temen, en las oraciones que dirigen á mi Padre?... Pues dicen: ¡Señor! ¡Señor! ¡Libranos del maligno!... Y la voz de un simple mortal que pide gracia á Dios, resuena más lejos y sobre todo sube á mucha mayor altura que ese conjunto de blasfemias de que te enorgulleces.

— Si es tan poderoso el Señor á que te refieres, — replicó el arcángel caído, — ¿por qué se contenta con el reino de los cielos y permite que reine yo en la tierra?

— Porque el principio del mal se introdujo en el paraíso con la serpiente, y la serpiente fué coronada reina por la falta de Eva.

— En tal caso, ¿por qué permitió que la serpiente entrara en el paraíso y que Eva cometiera pecado?

— Porque en el momento en que el mundo salía de sus manos, el sublime artífice, el lapidario poderoso, calculó que tenía necesidad de la serpiente como de una piedra de toque en la cual probar á la humanidad. Pero mi Pa-

dre ha decidido que harto tiempo había ya imperado el mal sobre la tierra por el pecado de Eva y la presencia de la serpiente. He aquí, pues, cómo yo vengo á expiar ese pecado y tú eres la serpiente cuya cabeza debo aplastar.

— De suerte que vienes contra mí armado de odio y de cólera... Me alegro, pues lucharemos con armas iguales.

— Vengo armado de misericordia y de amor — contestó Jesús. — A nadie odio; ni siquiera á tí.

— ¿No me odias? — exclamó Satán, asombrado.

— No; te compadezco solamente.

— ¿Y por qué me compadeces?

— Porque no puedes amar...

Al escuchar estas palabras, el cuerpo férreo del arcángel tembló como una sensitiva tocada por la mano de un niño.

— Enhorabuena; — dijo — ¡sea! Hijo del hombre ó hijo de Dios, acepto el combate. Nadie mejor que tú conoce el poder que me ha sido dado.

— El poder de tentar al hombre... Mas por experiencia sabes que nada puedes contra el justo.

— ¡Acuérdate de Adán!...

— ¡Acuérdate de Job!...

El arcángel suspiró con pena, escapándose de sus dientes una especie de silbido.

— ¿Por qué causa mi poder se estrelló en Job? — dijo.

— Porque el espíritu de Dios estaba con él.

— ¿Y el espíritu de Dios está, igualmente, contigo?

— El espíritu de Dios está conmigo: yo soy el Hijo de Dios!

— Si eres Hijo de Dios, ¿cómo es posible que estés sujeto á las necesidades de la humanidad? ¿Por qué, durante los cuarenta días y cuarenta noches de tu ayuno, has padecido de hambre y de sed?

— Cierto; he padecido de sed y de hambre; es más, he querido padecer; porque, enterado de cuantos dolores he de sufrir antes de realizar mi objeto, he ensayado en la soledad del desierto hasta dónde llegaba mi resignación.

— ¿Y estás bien seguro de ella?

— Lo estoy; pues he podido decir á esas piedras: «convertíos en pan,» y á esa arena: «convírtete en agua;» y no se lo he dicho.

— Y si tú se lo hubieras ordenado, ¿las piedras y la arena hubieran obedecido?

— Sin duda alguna.

— Entonces, dásela; y pues tus cuarenta días y cuarenta noches de prueba han transcurrido, ve de satisfacer tu hambre y tu sed.

Jesús sonrió y dijo:

— Escrito está en el Libro Santo: «No solamente de pan se vive, sino de toda palabra que sale de los labios de Dios.»

El arcángel crispó las manos sobre su pecho.

— Pues bien, — dijo á su vez, — ya que invocas los fextos

sagrados, quiero yo invocarlos asimismo, á menos que tu poder, superior al mío, se niegue á que te conduzca allí donde intento que me sigas.

— Iré á donde tú quieras, para que la fuerza del Señor, siquiera desarmada, contraste con tu debilidad armada de todas armas.

Satán contempló por un instante á Jesús con una indecible expresión de odio. En seguida, realizando su plan, tendió su manto en el suelo, posó ambos pies en una de sus extremidades, y dijo:

— Haz como yo hago.

— Sea así, — contestó Jesús.

Y puso los pies en la extremidad opuesta del manto.

En aquel mismo instante ambos á dos fueron arrastrados por un furioso torbellino, y hendiendo el espacio con la velocidad del rayo que desgarró el cielo, fueron á posarse sobre el frontón del templo de Jerusalén.

Entonces, Satán, acompañándose de su eterna sonrisa, que quiere ser desdeñosa y solamente resulta ser fatal, dijo:

— Si eres, realmente, hijo de Dios, arrojate desde esta altura, pues escrito se halla en el salmo XC: «El daño no podrá alcanzaros por cuanto Dios ha ordenado á sus ángeles que vigilen vuestra conservación, y esos ángeles os recibirán en sus brazos por temor de que os estrelléis contra las piedras.»

— Cierto, — contestó Jesús, — pero escrito está, asimismo, en el *Deuteronomio*, libro VI: «Guardaos de tentar al Señor vuestro Dios.»

El arcángel tembló de coraje, y repuso:

— Conforme; pero dime, ¿estás dispuesto á seguirme?

— Tu voluntad es mi ley durante esta noche: ordena; yo obedeceré.

Y ambos á dos, arrastrados de nuevo con tal rapidez que, con ella comparada, el vuelo del águila más ligera pudiera ser tenido por la inmovilidad del halcón que atisba su presa, cruzaron el espacio, dejando en pos de sí poblaciones, desiertos, ríos, mares; de tal suerte que en pocos segundos se encontraron en el corazón del Thibet, sobre lo más alto del Djavahir.

— ¿Sabes dónde nos hallamos? — preguntó Satán.

— Nos hallamos en lo más alto de la montaña más alta de la tierra, — contestó Jesús.

— Acertaste; y desde esta altura voy á mostrarte todos sus reinos.

En aquel mismo instante se hizo perceptible el movimiento de la tierra, por cuanto el Cristo y el arcángel permanecían inmóviles y de pie encima del manto infernal, al paso que la tierra y la atmósfera que arrastra, continuaban su interminable movimiento de rotación.

— ¡Mira! — dijo Satán.

— Miro... — contestó Jesús.

— He ahí la India, — prosiguió el tentador, — la India, es decir, la abuela del género humano, la cuna de las razas, el punto de partida de las religiones... ¿La ves bien? Considera su formidable naturaleza que hace del hombre una débil y sojuzgada parte de la creación, un pobre niño extraviado en el seno de su madre, un átomo perdido en la inmensidad... Contempla bien esa India... En ella, por mucho que la humanidad se multiplique, el



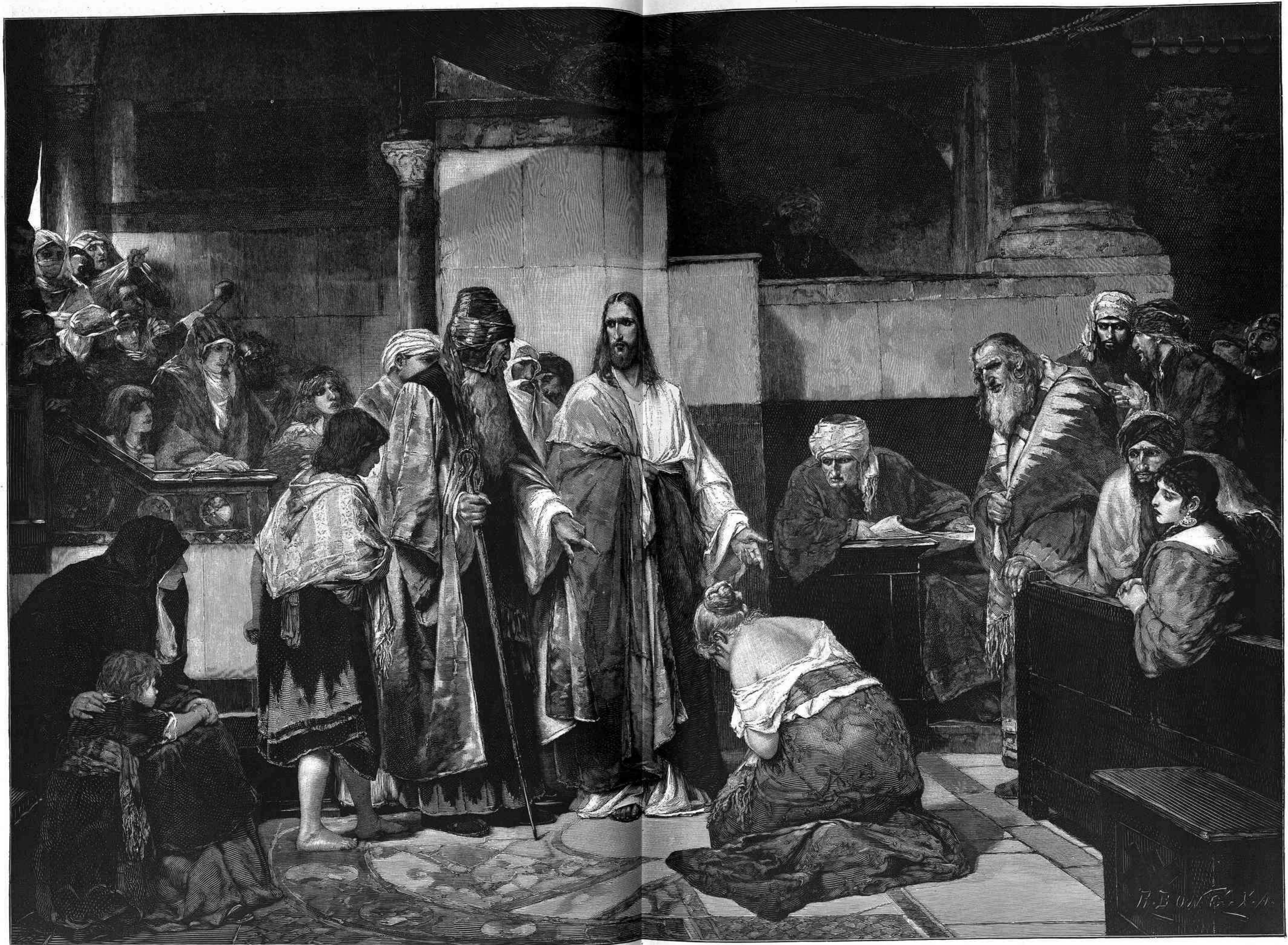
MATER DOLOROSA, cuadro del Tiziano

hombre no abunda más ni es más fuerte que en otras regiones, por cuanto el poder de la muerte es igual al poder de la vida; en ella el hombre tiene que luchar con



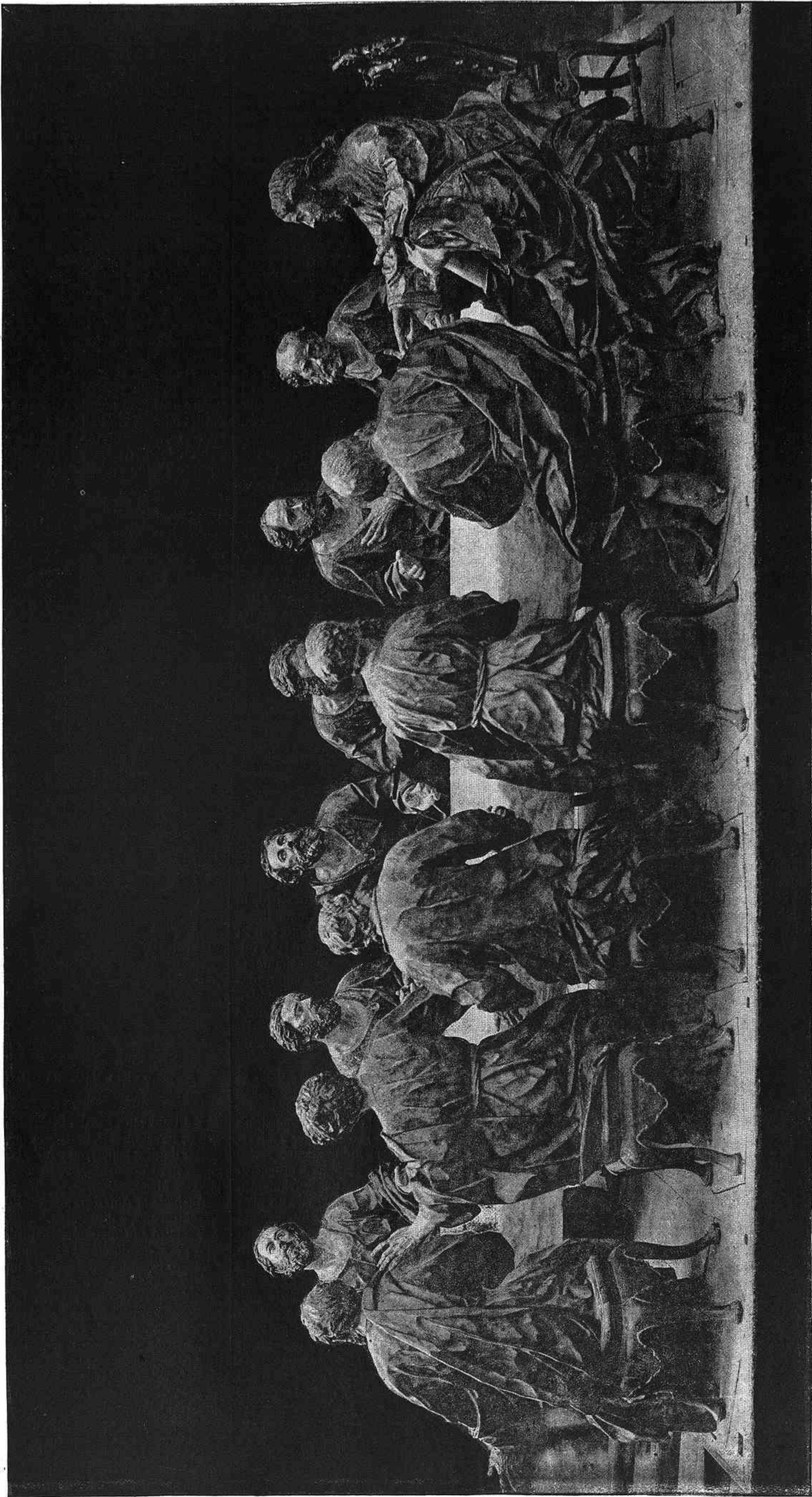
LA RESURRECCIÓN DE LA HIJA DE JAIRO, cuadro de Gabriel Max

100



JESUCRISTO Y LA ADÚLTERA, CUADRO DE O. WOLF

LA CENA



UN PASO obra escultórica de Salcillo



LA MADONNA SOLLY, cuadro de Rafael

fuerzas desproporcionadas y aterradoras, hasta tal punto que renuncia al combate, y para no avergonzarse de su debilidad, se entrega á discreción, bajo el pretexto de que cuanto le rodea, cuanto en la tierra existe, á excepción de él, es Dios; y él, el hombre, no es otra cosa que un accidente de esa sustancia única, universal, indestructible; en ella el suelo produce anualmente tres cosechas, y las lluvias tempestuosas convierten la llanura en mar y el desierto en verdes prados... En ella los débiles y flexibles juncos son árboles de cien pies de altura, y el moral es un verdadero gigante, cada uno de cuyos troncos produce un bosque de hojas, y su húmeda sombra cobija reptiles de veinte codos de longitud, hordas de tigres y rebaños de leones... En ella, finalmente, la peste devora por millones á los hombres que por millones nacen; de tal suerte que si durante un siglo dejara de ser asolada por el tifus ó por el cólera, arrojaría sobre la Europa un mar de hombres, debajo de cuyas olas desaparecería aquella por completo!...



UN BOSQUEJO, de Van-Dyck

Y mientras estas palabras salían de la boca del arcángel, desfilaba ante Jesús la India, con su Himalaya que hien-de el aire, sus bosques sombríos y sin límites, su Cambodje, su Ganges, su Indus y sus ciento cincuenta millones de pobladores, distribuidos desde el mar de China al golfo Pérsico.

— ¡Mira aún! — exclamó Satán.

— Miro... — respondió Jesús.

— He ahí la Persia, la gran ruta del sol y del género humano; con los Scytas á la derecha y los Arabes á la izquierda; la Persia, gran parador del mundo, donde todos los pueblos se han albergado á su vez. En otros tiempos, cuando aun no estaba convencida de que solamente era la hostería de la humanidad, imbuí en sus hijos la idea de construir la torre de Babel, cuyas ruinas son, aun hoy día, más elevadas que la más elevada de las pirámides. Al presente, después de haber presenciado la caída de sus monumentos y de sus dinastías, edificó, apenas para una ó dos generaciones, casas de frágil ladrillo, que parecen simples cabañas. Cincuenta millones de hombres adoran allí la luz y el fuego, viven en un clima donde el invierno y el verano existen conjuntamente y procuran olvidar su pasado con la ayuda de una embriaguez ficticia, que les ocasiona la muerte con la mayor dulzura apetecible.

Y cual empujada por la mano del arcángel, pasó ante Jesús la Persia toda, desde los orígenes del Oxus hasta el mar Rojo; con su lago Durro, su lago Aral y su mar Caspio, semejantes á tres espejos de desigual tamaño; su Eufrates y su Tigris parecidos á gigantes serpientes que se desenroscan al sol; su Persépolis, su Babilonia y su Palmira, que al presente no son sino ruinas, pero que hace veinte siglos eran todavía reinas cubiertas de púrpu-

ra y coronadas de oro.

— Mira aún, — repitió el arcángel.

Y Jesús contestó con su inefable dulzura:

— Miro...

He ahí el Egipto; un presente que le debo al Nilo. El día en que se me antoje, es decir, cuando sus treinta mil poblaciones y sus sesenta millones de habitantes, griegos, egipcios, abisinios, etíopes, se nieguen á rendirme culto, desviaré ese Nilo hacia el mar Rojo y haré desaparecer el Egipto, vertiendo sobre sus tierras arena en vez de lluvia. Mientras esto se realiza, contempla su suelo desde Elefantina á Alejandría: es un valle de esmeraldas, un granero colmado de frutos, un jardín cuajado de flores. De sus productos se mantienen Roma, Grecia, Italia... Verdad es que, en cambio, sus hijos se mueren de hambre, aguardando perezosamente á que la voluntad omnipotente que alimentó á los hebreos en el desierto, le plazca hacer que caiga sobre ellos un nuevo maná...

Y con efecto, ante Jesús fué pasando el Egipto, con su doble desierto, con sus viejas y ruinosas poblaciones, sus espumosas cataratas y sus esfinges enterradas hasta las garras, cuyos ojos inmóviles contemplaban, hacía quinientos años, como el tiempo blanqueaba la calavera de los soldados de Cambyses.

— ¡Mira aún! — volvió á decir el arcángel.

— Miro... — contestó Jesús.

— Ve ahí la Europa; compárala con nuestra maciza Asia, y advertirás que está infinitamente mejor distribuida y es más á propósito para toda clase de movimiento; como si fuera producto de un plan concebido con mayor inteligencia y ejecutado con mayor éxito. Contempla como, sobrada de monumentos y falta de hombres, tiende á unirse con Africa, que está sobrada de hombres y falta de monumentos. Ve, sino, á la Cerdeña avanzando hacia ella con su roca de Plumbaria, la Sicilia con su lago Lilibeo, la Italia con su punta de Rhegium, la Grecia con su triple promontorio de Acritas, de Ténara y de Malea... Mira esas islas del mar Egeo, que cualquiera tomaría por una flota colosal abrigada en un vasto puerto, dispuesta á hacerse á la vela para dedicarse al comercio del mundo entero; mientras, al norte, se adosa por la Escandinavia á los hielos del polo. ¡Oh! no hay cuidado; Europa está sólidamente asentada; apoya sus pies en el Asia feraz y baña su

frente en el mar salvaje... Tiene magníficas ciudades que se titulan Atenas, Corinto, Rodas, Sybaris, Siracusa, Gades, Massilia, Roma!... Repara como atrae hacia un centro único, la roca inmóvil del Capitolio, á la barbarie occidental, es decir, España, Bretaña, las Galias; y á la civilización oriental, es decir, Grecia, Egipto, la Siria... Mírala bien, mírala bien, á esa Europa; es la perla del mundo, el diamante del porvenir...

Y á medida que hablaba Satán, pasaba Europa ante Jesús; primero Grecia; luego Italia; á su derecha Sicilia, á su izquierda la Germania y la Escandinavia; luego Inglaterra, luego las Galias, al final la España.

Trascurrieron algunos momentos durante los cuales no se distinguía otra cosa que agua, desde el polo boreal al polo sur, desde el polo ártico al polo antártico.

— Mira aún, — dijo Satán.

Y Jesús volvió á decir:

— Miro...

— Después del mundo caduco el mundo envejecido; después del mundo civilizado el mundo bárbaro; después del mundo bárbaro el mundo desconocido. Fíjate en este punto; he ahí una tierra completamente ignorada. A primera vista no tiene grande importancia; tres mil leguas de longitud por mil quinientas de anchura. Es la parte del mundo que ha salido la última del seno de las aguas: por esto es que tiene lagos grandes como el Mediterráneo, ríos cuya corriente excede de mil quinientas leguas, montañas que miden mil ochocientos pies de altura, desiertos sin término, bosques sin fin... En su seno germinan el oro y la plata como en otras partes el cobre y el plomo; se halla pegada al polo ártico como el acero al imán y divide el mundo en dos partes, dejando apenas entre ambas el espacio que necesita la embarcación que las cruza... Esa tierra es la tierra soñada por un sabio, ó por un loco, de Grecia, como tú quieras: ese loco se llamaba Platón y á esa tierra la tituló la Atlántida.



BOSQUEJO DE LA MADONNA DEL GRAN DUCA, de Rafael

Y á todo esto, pasaba la América, con sus bosques vírgenes, su catarata del Niágara que se extiende á una distancia de diez leguas, su río de las Amazonas, su Mississippi, sus Cordilleras y sus Andes, su Chimborazo y su pico de Misté.

Acabada la América, apareció de nuevo el Océano.

— Mira aún, — dijo Satán.

Y — miro aún... — contestó Jesús.

— ¿Ves esa inmensa extensión semejante á un espejo de acero bruñido, salpicado de manchas negruzcas? Ese espejo es el Océano Pacífico, esas manchas son islas. A medida que las olas ruedan bajo nuestras plantas, las manchas son más frecuentes. Es que nos aproximamos á la Oceanía, en donde las islas, al brotar del agua, parecen rebaños de gigantes carneros. Atiende... Son tantas esas islas, que apenas te permiten distinguir el mar que las rodea, y que debe parecerse una cinta movediza... Nada de esto tiene nombre aún; pero no importa: lo cierto es que esas islas contienen hombres, animales, lagos, bosques; es la quinta parte del mundo, una segunda Atlántida desgranada en la superficie del Océano. Por esas islas se va desde las Cordilleras al lago Azul, cuya embocadura se halla á mil quinientas leguas de nosotros y cuyo origen se encuentra bajo nuestra planta.

Y á todo esto pasaba ante Jesús el grande Océano, con sus grupos de islas, su Nueva Guinea, su Nueva Holanda, Borneo, Sumatra, Formosa y las Filipinas.

Y á lo lejos se volvía á distinguir la nevada cima del Djavahir. La tierra había dado una vuelta completa sobre

su eje; el mundo, con todos sus reinos, había desfilado ante los ojos del Salvador.

Entonces exclamó Satán:

— Todo cuanto has visto será tuyo; tuya será la potestad y la gloria de todos esos reinos, si consientes en adorarme; porque su potestad y su gloria me pertenecen y puedo cederlas á quien mejor me plazca...

Y Jesús se limitó á contestarle:

— Está escrito: «Adoréis al Señor vuestro Dios y á Él solamente rendiréis culto.»

Pronunciadas estas palabras, resonó en el espacio un grito terrible, un grito impregnado de odio y maldición. Era el adiós de Satán á Jesús, en quien no pudo menos de reconocer al Hijo de Dios.

Y cuando se hubo extinguido el rumor de ese rugido formidable, que resonó como el más espantoso de los truenos; se dejó oír una voz dulcísima que con triste expresión murmuraba:

— ¡Oh hermoso arcángel, luminosa estrella de la mañana! ¿Cómo es posible que te hicieras arrojar del cielo, cuando tan brillante aparecías en él, al despuntar el día?...

Así decía Jesús, al recordar, con lágrimas en los ojos, la caída de Satán...

ALEJANDRO DUMAS (padre)

LA LEY DE GRACIA

Cuarenta siglos había replegado el tiempo sobre la prevaricación del primer hombre y cundido el mal corriendo tras las generaciones como horroroso contagio con hambre de tragarse la humanidad entera.

El mundo estaba perdido, sin noción de Dios ya ni de dignidad humana. El derecho era la fuerza, la fuerza la tiranía, la tiranía una consagración de iniquidades y concupiscencias, el predominio brutal del hombre deificado sobre el hombre embrutecido. No había justicia, ni virtud, ni verdad, ni nada más que sombras dentro y fuera de la conciencia humana. Sólo en el luctuoso velo de aquella larga y pavorosa noche brillaban como pálidas estrellas las lágrimas lloradas por los profetas de Israel, pueblo escogido por Dios para que guardara el arca de la alianza y en ella la promesa de la humana redención; pueblo grande y poderoso un tiempo, ya flaco y envilecido también.

Pero era menester toda la luz del cielo para disipar tales y tantas tinieblas, tinieblas de ignorancia y perversión, de ceguedad de todos los espíritus; y llegando al fin la hora de Dios, hízose otra vez la luz en el caos descendiendo á

la ingrata tierra el fiat de la nueva creación, el Verbo divino, que era luz de luz encarnada en Jesucristo.

Cumplíéronse, pues, las Escrituras y las esperanzas de los justos de la antigua ley, abriéndose á los júbilos del corazón y á los consuelos del alma la ley de gracia, que es el reinado de Dios.

Trajo á la tierra el Mesías la altísima misión de redimir al hombre caído restableciendo la justicia y la moral, ahuyentando las dudas y sombras del espíritu, rompiendo

Y cuando des limosna no hagas tocar la trompeta delante de tí como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres.

Mas tú cuando des limosna, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha.

Y cuando oréis no seáis como los hipócritas que quieren orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas para ser vistos de los hombres.

Mas tú cuando ores, entra en tu aposento, y cierra

las cadenas de toda esclavitud y los cetros de hierro de todas las tiranías.

No quiso nacer en un palacio para humillar á los soberbios; nació sobre la paja de un establo para enaltecer á los humildes; y á la altura ya de su soberano destino por la virilidad de sus años, por la plenitud de sus facultades, por la virtud y abnegación de su alma, abrió victoriosamente su Evangelio despreciando riquezas, glorias y honores mundanos en la tentación de Satanás.

Del monte de la tentación subió luego al de las bienaventuranzas, donde inició su predicación evangelizando al mundo. Y alzando al cielo la frente y poniendo en Dios los ojos y abriendo en cruz los brazos como para abarcar y atraer á su seno á la humanidad entera, representada en la piadosa multitud que lo seguía, pendiente de sus labios oliendo siempre á doctrina, á plegaria y bendición, llamó bienaventurados á los humildes, á los que lloran, á los que han hambre y sed de justicia, á los misericordiosos, á los limpios de corazón, á los pacíficos, á los que padecen persecución por causa de la justicia, á todos los perseguidos y calumniados por la causa de Dios.

Y siguió evangelizando:

Si fueres á ofrecer tu ofrenda al altar y allí te acordases de que tu hermano tiene alguna queja contra tí, deja allí tu ofrenda delante del altar y vé primero á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven á ofrecer tu ofrenda.

Da al que te pidiere, y al que te quiera pedir prestado no le vuelvas la espalda.

Habréis oído decir: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo. Pues yo os digo: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, orad por los que os persiguen y calumnian.

Para que seáis dignos hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos y pecadores.

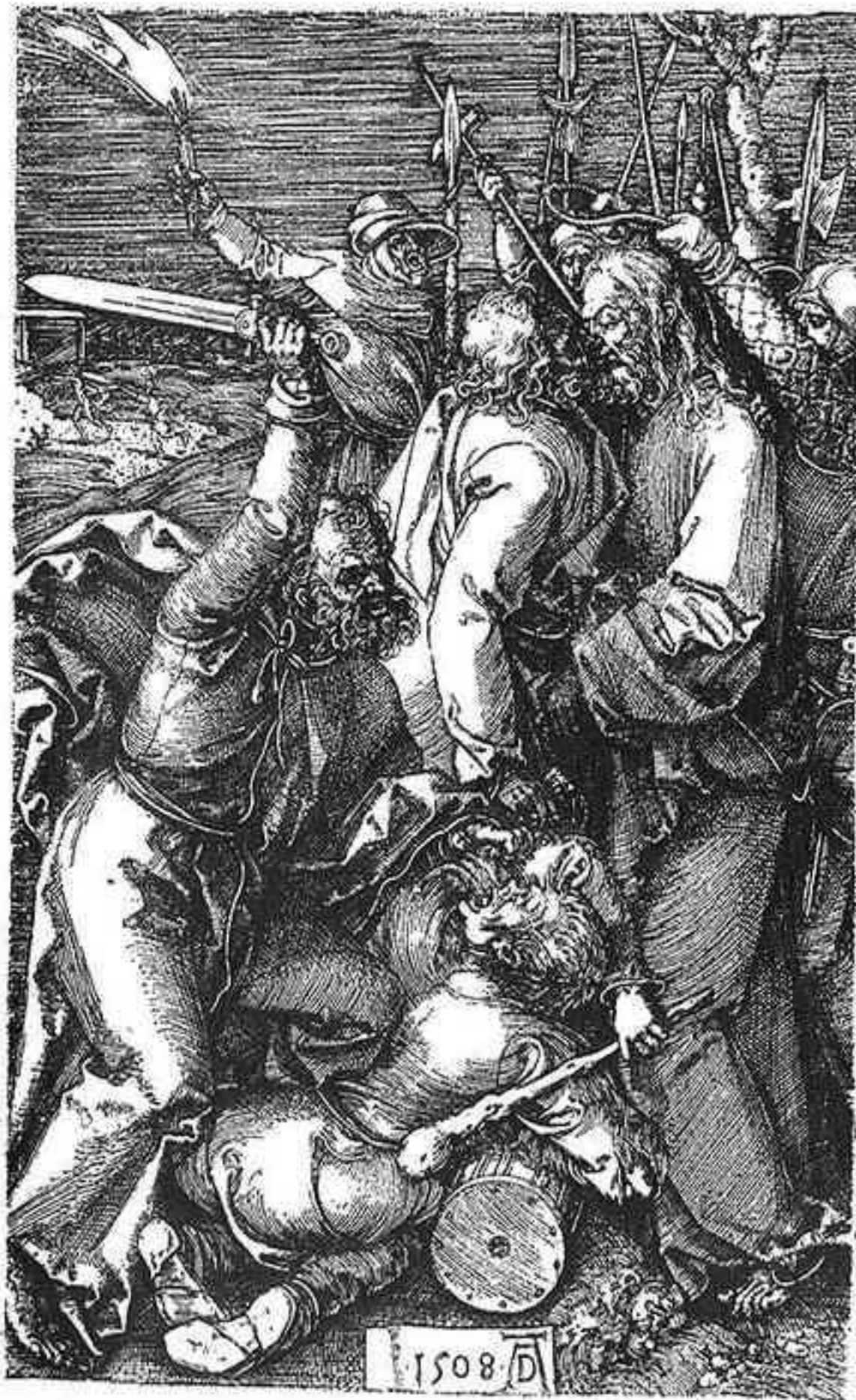
Porque si amáis á los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen lo mismo los publicanos? Y si saludáis solamente á vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto mismo los gentiles?

FACSIMILE DE UN ESTUDIO DE ALBERTO DURERO

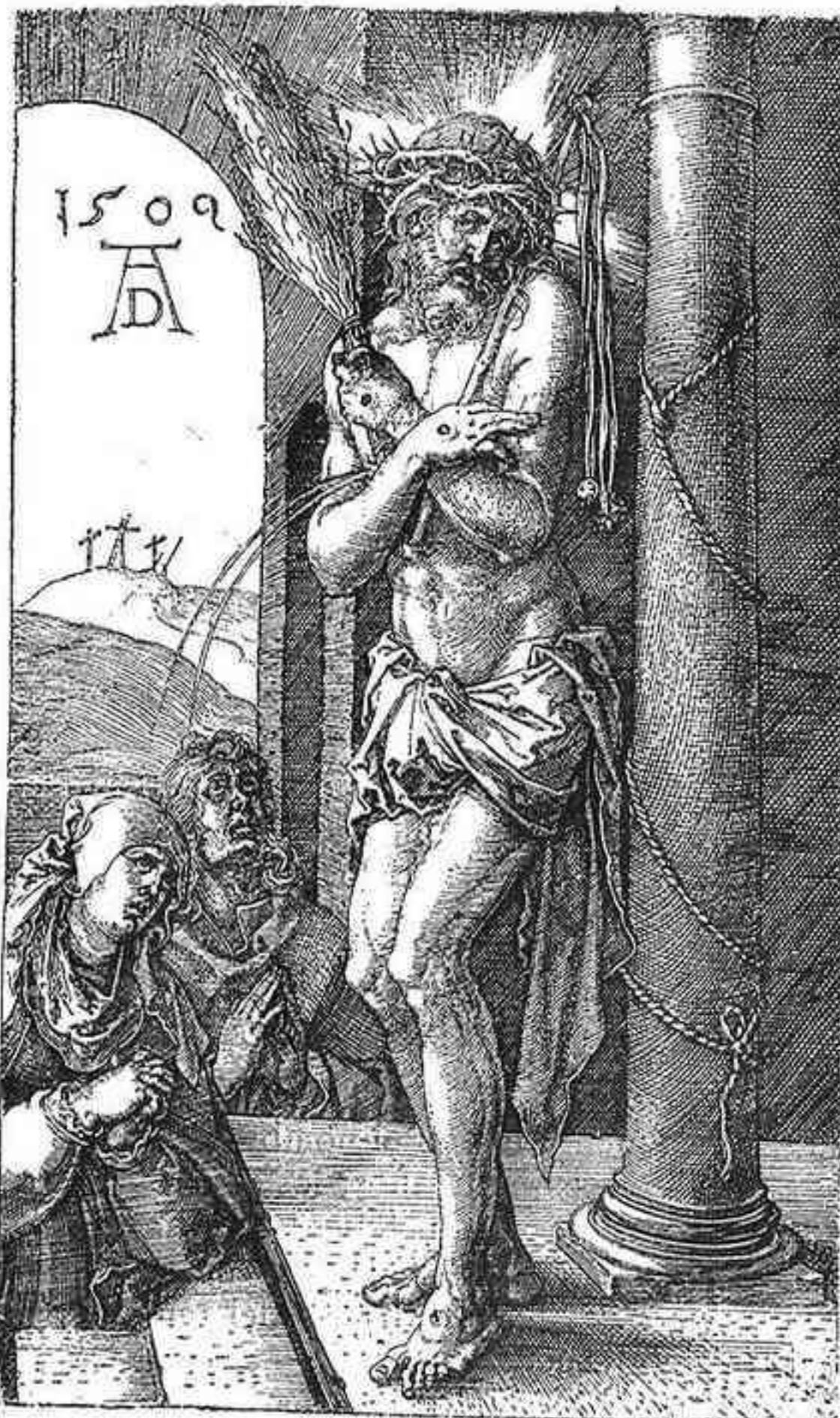


JESÚS EN EL HUERTO

REPRODUCCIONES DE ESTAMPAS DEL CELEBRADO ARTISTA ALBERTO DURERO



EL BESO DE JUDAS



JESÚS EN LA COLUMNA



EL DESCENDIMIENTO DE LA CRUZ

la puerta, ora á tu Padre en secreto, y tu Padre que ve lo secreto te recompensará.

Ni habléis mucho, cuando orareis, como los gentiles, que piensan que por mucho hablar serán oídos.

No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde

orín y polilla los consumen y en donde los ladrones los desentierran y roban.

Mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, donde no los consume orín ni polilla ni los desentierran ni roban los ladrones.

Porque donde está tu tesoro allí está también tu corazón. ¿Por qué, pues, ves la pajita en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?

Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces verás para sacar la mota del ojo de tu hermano.

Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá.

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese entrará en el reino de los cielos.

No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar el alma y el cuerpo en el infierno.

El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí.

Venid á mí todos los que estáis fatigados y afligidos y yo os aliviaré.

Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas.

El que no está conmigo, contra mí está, y el que no allega conmigo, espárcese.

Y habiendo convocado á sus discípulos, les dijo:

Id y predicad diciendo que se acercó el reino de los cielos.

Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, lanzad demonios: graciosamente recibisteis; dad graciosamente.

No poseáis oro ni plata ni dinero en vuestras bolsas: ni alforjas para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni báculo, porque digno es el trabajador de su alimento.

Y siguió evangelizando, y predicó la fe queriéndola siempre acompañada de esperanza y caridad, es decir, refiriendo siempre á Dios todos los impulsos y movimientos de la voluntad, que por sí sola, no es sino orgullo, soberbia, vanidad, ó á lo más una fuerza ciega, que apenas puede sostenerse, menos resistir, mucho menos triunfar.

Las tres virtudes juntas, la fe para creer en el honesto logro que se anhela, la esperanza para sostener la fe, y la caridad para amar siempre á Dios y en Dios al prójimo y á nosotros mismos, esas tres virtudes cristianas han sellado siempre las grandes victorias.

Sin ellas todos los empeños son dudosos y todas las fuerzas flacas.

Y habiendo convocado á las gentes las enseñaba diciendo:

No ensucia al hombre lo que entra en la boca, sino lo que sale de la boca, eso es lo que ensucia al hombre.

¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca al vientre va y de allí á un lugar excusado?

Del corazón salen los malos pensamientos y estos son los que manchan al hombre.

Dejad venir á mí los niños.

En verdad os digo que si no fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

Y al que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que en mí creen, mejor le fuera que le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran á lo profundo del mar.

¡Ay del mundo por los escándalos! Y ¡ay del hombre por quien venga el escándalo!

Si tu hermano pecare contra tí, vé y corrígelo á solas. Si te oyera habrás ganado á tu hermano.

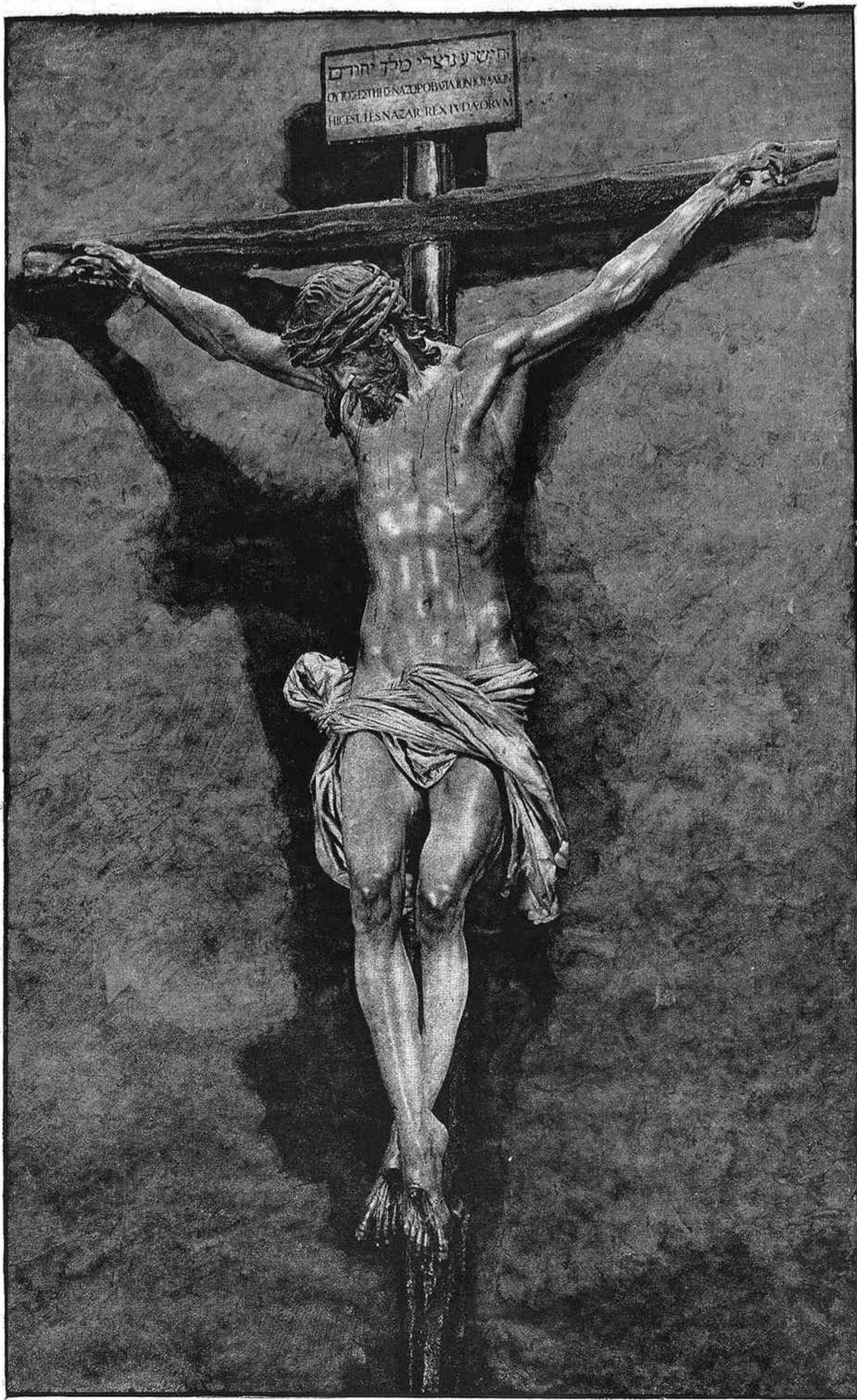
— Señor, ¿cuántas veces he de perdonar al hermano que peque contra mí? ¿hasta siete veces?

— No digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces.

Y Jesús dió el ejemplo de palabra y obra á cada paso de su adorable vida para que en sus obras y palabras aprendieran las gentes y guardaran en la memoria del alma lo que es y lo que vale en el cielo y en la tierra el perdón de las injurias, dándolo, no ya sólo como un triunfo, que triunfo es de la pasión más rebelde, sino también como un derecho al perdón de nuestras culpas.

— Maestro bueno, ¿que haré yo para conseguir la vida eterna?

— Guarda los mandamientos.



EL CRISTO, de Montañés

(Trabajo escultórico existente en la Catedral de Sevilla)

— Los he guardado desde mi juventud. ¿Qué me falta aún?

— Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme.

Y el mancebo se fué triste porque tenía muchas posesiones.

Entonces pronunció el Salvador esta terrible sentencia:

— En verdad os digo que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Y digo más: Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que un rico éntre en el reino de los cielos.

Y luego armó de justo y terrible enojo su brazo para echar del templo á los mercaderes. Los que van á la casa de Dios con otro móvil que el de la debida adoración; los que sacrílegamente toman el nombre de Dios para favorecer sus intereses mundanos; los que se valen de la religión ó de sus piadosas prácticas para hacer valer miras secundarias y fines profanos, esos fueron y son y serán siempre los mercaderes echados del templo y azotados por el mismo Jesucristo.

Después se dirigió á los malos sacerdotes, á los doctores de la ley, á los escribas y fariseos, diciendo en són de anatema y con toda la autoridad del Juez supremo:

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entráis ni dejáis entrar á los que entrarían!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis las casas de las viudas haciendo largas oraciones!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que rodeáis la mar y la tierra para hacer un prosélito, y después de

haberlo hecho, lo hacéis dos veces más digno del infierno que vosotros!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que diezmaís la hierba buena y el eneldo y el comino, y dejáis las cosas que son más importantes de la ley, la justicia y la misericordia!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, y por dentro estáis llenos de rapiña y de inmundicia!

¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que sois semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen por fuera hermosos á los hombres y por dentro están llenos de corrupción y suciedad!

— Maestro, ¿es lícito pagar tributo al César?

— Dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

— Señor, Herodes te persigue para darte muerte.

— Id á decir á esa raposa que yo lanzo demonios hoy y mañana y al tercero día resucitaré.

— Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

— Amarás al Señor, tu Dios, de todo corazón, con toda tu alma y con todo tu entendimiento. Este es el mayor y el primero de los mandamientos. Y el segundo semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas.

En efecto, toda la ley de gracia es amor; amor divino que acompaña al hombre desde la cuna al sepulcro, y aun más allá, pues dejando el polvo en el polvo, eleva en sus puras alas, victoriosas de la muerte, la esencia, el alma inmortal del hombre á las eternas claridades, donde está el arquetipo del bien, de la verdad, de la belleza, Dios.

De aquí la eterna aspiración del hombre á ese fin supremo que es Dios por el medio único, que aunque humano, es divino también; el amor del prójimo, como quiera que se ama á Dios y en Dios y por Dios á todos nuestros semejantes.

Ved, sino, el testamento de Jesús, cuando terminada ya su divina predicación

y evangelizado el mundo, se despidió de sus discípulos para abrazarse á la cruz y consumir con abnegación sobrehumana la gran obra de la redención.

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos á otros, así como yo os he amado. En esto conocerán todos que sois mis discípulos.

El amor, la hipóstasis de las almas, la unión de los corazones, el abrazo y ósculo de todos los hijos de Dios, dentro de la armonía universal, fraternidad necesaria para poder vivir en paz, cumpliendo cada cual su destino y todos la voluntad de Dios: he aquí la ley de gracia.

Y si el amor es la ley, ¿cómo hay aún odio en los corazones y rebelión en los espíritus y guerra entre los hombres?

«Id á decir á esa raposa que yo lanzo demonios hoy y mañana y al tercero día resucitaré.»

¿No ha resucitado Jesucristo?

Sí; no desmayéis, los pequeños, los humildes, los pobres, los predilectos hijos de Dios. Pero todavía quedan demonios que lanzar hoy y mañana.

Queda el último esfuerzo para el triunfo definitivo del amor y de la paz.

Id á decir á esa raposa que al tercero día reinará la paz sobre la guerra, el amor sobre el odio, el derecho sobre la fuerza, la verdad sobre el error, la luz sobre las sombras, encarnando para siempre la ley nueva en la igualdad, en la libertad y en la fraternidad de todos los hombres, trinidad divina y humana y sublime ideal de la ciencia, de la conciencia, de la civilización moderna.

C. NAVARRO